

LA RESPONSABILIDAD DE LA ECONOMÍA Y DEL ECONOMISTA *

Víctor L. Urquidí

(México)

Permitidme abordar de lleno el tema que quisiera desarrollar y referirme sólo al final a la circunstancia de mi ingreso a esta institución. Me atrevo a seguir este orden más que nada porque considero de mucha mayor importancia el que se distinga, nuevamente, a la profesión de economista que a la persona en quien recae en esta ocasión tan alto honor.

Tal parece que el esfuerzo y la dedicación de los gobernantes de la mayor parte de los países se centra hoy día en la búsqueda del bienestar económico de los pueblos. Al menos es evidente en cuanto a las naciones menos afortunadas, que hasta ahora han quedado muy a la zaga de los niveles de vida que se suponen característicos del siglo xx; pero puede decirse igual de las grandes potencias —las que lo fueron ayer y las que lo son ahora— cuya supervivencia como tales depende fundamentalmente de su capacidad económica como productores y de su ingenio distributivo para satisfacer los anhelos de mayor consumo de sus habitantes.

Aun cuando a muchas personas pueda sonar a herejía peligrosa o a excesivo prejuicio profesional, me parece necesario hacer notar la convergencia de todos los sistemas políticos hacia el aseguramiento del bienestar material. Para lograrlo, se recurre a la moderación, en mayor o en menor grado, de la libertad como concepto abstracto, y se practica la socialización, parcial o total, de la propiedad agraria e industrial. Hoy, la planeación de la economía está rigiendo cada día con mayor nitidez la vida del hombre, aun a costa de su libertad, teórica o real. Ello ocurre hasta en los países cuyo sistema económico se basa en el capitalismo privado. Para bien o para mal, el empuje de la necesidad económica como expresión material de lo que puede ser una vida mejor está colocando en situación secundaria a otras aspiraciones de la convivencia humana. El sistema de gobierno que no pueda resolver el problema económico no está en posibilidad de sobrevivir, por más que proclame sus éxitos en los campos ideológico, espiritual o artístico, o que aduzca a su favor una aparente estabilidad política.

Si acentúo fuertemente este aspecto del desarrollo de la actual civilización, no es porque menosprecie el valor de la libertad de espíritu y de iniciativa, ni el derecho de todo individuo de pensar como quiera y de desenvolverse sin cortapisas en el seno de instituciones como la familia y su comunidad inmediata. Pongo por delante el problema económico

* Discurso pronunciado el 18 de octubre de 1960, al ingresar a El Colegio Nacional.

porque todos esos derechos y esas libertades poco significan para aquellos seres —que forman gran mayoría en el mundo— cuyo único sino es todavía la pobreza. Y lo subrayo también porque si la sociedad no convierte este destino en otro mejor, las libertades y los derechos del individuo que, en el mundo en su conjunto, hasta ahora ha disfrutado sólo una minoría, pasarán a ser un recuerdo lejano. El porvenir está férreamente unido a la Economía.

Se ha escrito y hablado mucho sobre si la Economía es la ciencia de la riqueza y el bienestar, o si constituye más bien la ciencia de la pobreza y el pesimismo. Según muchos, no llega a ciencia siquiera, sino que es un simple método o arte. En realidad, es ambas cosas: ciencia y arte. Es ciencia en tanto constituye una disciplina que pretende explicar de manera sistemática las causas de ciertos fenómenos y sus consecuencias, con apoyo en observaciones objetivas. Es arte en tanto descansa, especialmente por lo que respecta a su fase normativa, y también a la inductiva, en el falible juicio subjetivo del hombre y en su habilidad particular.

Pero la materia de la Economía no es ni la riqueza ni la pobreza, sino la escasez, o sea un concepto relativo por antonomasia, cuya valoración final escapa al ámbito de la propia Economía. La escasez existe en las sociedades ricas y en las pobres. La escasez está presente en las comunidades que conceden gran valor a la libertad individual y también en las que juzgan a ésta secundaria. La escasez existe desde que el hombre tuvo a su alcance la más rudimentaria técnica con la cual alimentarse, abrigarse y vestirse. La escasez de recursos y la escasez de tiempo son los pilares de la Economía. La persecución de cualquier fin, en cualquier sociedad, supone el sacrificio de otro, por infinitesimal que éste sea; el uso de un recurso —sea trabajo, técnica o materia— es siempre irreversible y supone el sacrificio de alguna otra aplicación del mismo. Mientras haya que elegir, que administrar —éste es, en efecto, el origen griego del término Economía—, esta ciencia tiene razón de ser.

En cambio, el hecho o la práctica de economizar o administrar los recursos, como acto positivo de la sociedad o de cualquier elemento integrante de ésta, no es Economía pura sino que se hermana con las disciplinas ideológicas. Salvo en la abstracción científica, la Economía es en realidad Economía Política, o sea economía normativa, uno de los aspectos de la organización de la sociedad. En este sentido, la Economía está al servicio de la Política y todo economista es poseedor consciente o inconsciente de un prejuicio. La Ciencia Económica podrá ser neutral en cuanto constituya una serie de principios abstractos de alcance limitado; mas en manos del economista no puede ser sino un antecedente de una política económica que persiga un fin social determinado.

Así como hay un principio científico que da cuerpo a la Economía, es una rama del saber que requiere una técnica y un método característicos. En este aspecto, la Economía se encuentra aún, por desgracia, en una etapa primitiva, y las consecuencias de esta situación son graves. Lo son en primer lugar porque lo que he llamado antes el empuje de la necesidad económica —sobre todo en las condiciones del mundo de hoy— no espera a que se produzcan refinamientos teóricos, estadísticos y normativos. Y, en segundo lugar, porque la afición a la Economía es en verdad mucho más común que la proverbial inclinación del hombre a ser médico y poeta. La Economía ha sido en general una disciplina mal expuesta y peor comprendida, y en su nombre, en manos de legiones de aficionados —cuyos méritos por otros conceptos pueden estar fuera de toda duda—, se han cometido costosos errores políticos y sociales.

Lo que reclama la Economía es que se distinga de manera bien clara entre su aspecto teórico, que es por fuerza una abstracción, y su aplicación a los problemas de la sociedad, que encierra, a través del propio economista o de cualquier otra persona, una visión política. Reconocido esto, la Economía como ciencia podría recuperarse del desprestigio en que ha caído en muchas partes del mundo por suponerse que no puede abandonar prejuicios ideológicos que no corresponden ya a la realidad ni contribuyen gran cosa a la solución de los problemas económicos de las mayorías postergadas. Sin embargo, sería también preciso que las técnicas y los métodos usados en la teoría económica y en la investigación se superen sin pérdida mayor de tiempo. Podría entonces la Ciencia Económica convertirse en un instrumento más eficaz de la planificación del porvenir de la humanidad. De otra manera, la Economía estará condenada a volverse el arte de la explicación *a posteriori*, con frecuencia de carácter apoloético, en lugar de ser una de las guías del buen gobierno.

La situación en que se encuentra la Economía en su aspecto teórico merece una crítica más insistente, de la que no puede librarse ninguna escuela, ni aun la marxista. Gran parte de lo que se expone y enseña en cuanto economía teórica, en cualquier parte del mundo, carece casi de todo sentido, cuando no es lucubración inútil por su falta de relación con la realidad. Se elaboran, sostienen y repiten teorías y teoremas que en su origen no fueron sino justificaciones de una política económica determinada o de un ideal jamás cumplido. Sin embargo, esas teorías se siguen proclamando como si fueran verdades científicas. Los libros de texto, los tratados sobre Economía y los artículos doctos han sido emponzoñados por una pseudo-ciencia económica que el más débil sentido de responsabilidad hacia la sociedad actual obligaría a descartar por superflua.

No es extraño que, de más en más, estén primando técnicas mate-

máticas, a veces modelos abstractos, que por lo menos tienen el mérito de tratar de representar a la realidad a base de hipótesis valederas. Pero con esto se corre el riesgo de caer en una Economía carente de ideas. Son ideas, conceptos, lo que más necesita la Economía de hoy. Al pensamiento fundamental debe acoplarse la teoría, con la ayuda de las disciplinas matemáticas y otras afines, en lugar de que ocurra al revés: que de las formulaciones matemáticas se deduzcan conclusiones de política e ideología económicas. La Economía siempre ha sido, y deberá seguir siendo, una ciencia al servicio de las ideas.

En descargo del economista, es preciso admitir, sin embargo, que la observación metódica de la realidad es por demás difícil. El recuento estadístico más primario es un proceso en extremo defectuoso en esa parte mayor del mundo donde en especial se desconoce la realidad. La medición objetiva de los fenómenos económicos es una de las tareas más difíciles y de ejecución más imperfecta a que se enfrenta un economista. Las herramientas del economista a este respecto son tan bastas como muchos de los instrumentos de análisis teórico que ha heredado. Sin embargo, de nuevo, el sentido de responsabilidad exige que se haga un gran esfuerzo, uno mucho mayor que hasta ahora, por mejorar la observación de lo real, porque es la base de toda proyección o predicción científica, hasta donde ello sea dable en Economía.

Tal vez ya se empieza a manifestar una tendencia, aun muy tenue, a una síntesis entre la teoría política y social y la técnica de la proyección económica. La primera ha carecido hasta ahora de la segunda. Mas la teoría política y social tiene cada vez más como objetivo el mejoramiento económico. Éste se rige a su vez por factores y elementos condicionantes susceptibles de medición y capaz de ser relacionados entre sí mediante funciones matemáticas y por los métodos de la programación. ¿No será posible llegar a una Economía que satisfaga los objetivos políticos y sociales con el auxilio de una metodología que se enfoque precisamente sobre esos objetivos a la luz de la realidad imperante? Podrá responderse a esta pregunta sólo en la medida en que se comprenda, por una parte, que la Economía tiene que ocuparse de la sociedad como un todo y no de pequeños fragmentos o unidades y, por otra, que la teoría política y social debe aceptar lo económico no como curiosidad a la que haya que atribuir ciertos misterios técnicos sino como parte integral de ella misma. Los adelantos metodológicos de la Economía en los últimos quince años hacen esperar que la necesidad de ver siempre el conjunto hará valer el pensamiento económico que se oriente hacia los problemas generales del progreso de la sociedad. Es menester definir el porvenir económico tanto o más que la economía presente o la histórica. No se trata de adivinar. Se trata precisamente de emplear el método científico de la Economía para estimar probabilidades y, entre los muchos posibles caminos de decisión fun-

damental, elegir racionalmente los que mejor contribuyan al progreso del hombre. En Economía Política los acontecimientos no son inevitables, ni los benéficos ni los perjudiciales. Pero hay que poder medir las consecuencias de distintas alternativas. En ésta la ruta por la que pueden avanzar con éxito la Ciencia Económica y su técnica correspondiente, si bien por ahora es poco lo que nos puedan decir. La política social tiene como uno de sus límites lo que es posible desde el punto de vista económico o de la escasez ; en el fondo, estos límites sólo se pueden definir mediante proyecciones de la economía futura como un todo. Los fenómenos económicos son un conjunto indivisible, para todo el mundo, e inseparable de otros aspectos de la convivencia social. Son éstos, creo yo, los argumentos más sólidos a favor de la planificación económica integral, único medio de producir los resultados materiales que la mayoría de la humanidad necesita.

Si los fenómenos económicos son universales, sería lógico pensar que la Economía lo fuera también. Así puede considerarse, en efecto, en cuanto a ciertos conceptos fundamentales como el de la escasez, el proceso de acumulación del capital real, la relación entre la indivisibilidad tecnológica y el rendimiento de una combinación de factores de la producción, las llamadas leyes del consumo y algunos otros.

Sin embargo, los conceptos pertinentes a la Economía Política descansan en premisas institucionales y no tienen validez sino en conjunción con las premisas de que se trate. La mayor parte de ellas son políticas. Mas las hay también de otro orden, surgidas del desarrollo histórico de la economía mundial y de las sociedades humanas. Aun suponiendo —que no es cierto— que todas las regiones del mundo, con sus respectivas poblaciones, hubiesen estado dotadas inicialmente de iguales recursos y técnica, no hay razón alguna para pensar que al cabo de determinado número de décadas habrían alcanzado el mismo grado de desarrollo económico o bienestar material. Menos aún si, como es la realidad, la dotación inicial de recursos, técnica y cultura fue desigual. El crecimiento de la economía mundial ha sido, en su mayor parte, hasta época muy reciente, el desarrollo de la sociedad capitalista liberal europea y de la América septentrional, con algunos alargamientos a otras zonas. Las desigualdades que se han creado entre estas economías y el resto del mundo —expresadas en los niveles de vida— se han ampliado y probablemente disten mucho de poderse cerrar en largo tiempo.

Cabe señalar estos hechos para poner de relieve que la Economía Política que hizo posible semejante desarrollo diferencial no puede ser la que, a su vez, enseñe el camino para reducir esa discrepancia. En este sentido, para las naciones de nivel de vida rezagado, los principios fundamen-

tales de la Ciencia Económica necesitan ser interpretados de nuevo y en especial traducidos a una Economía Política que se dirija a resolver el problema de estas naciones, que es al mismo tiempo el problema universal. La Economía Política derivada del marxismo es una de las interpretaciones, y tiene su aplicación en gran parte del orbe. Las naciones desvalidas en donde no ha arraigado la política económica marxista no han creado una propia integral, por más que consciente o inconscientemente rechacen la Economía Política del capitalismo liberal y practiquen fragmentos de otra *sui generis* que parezca corresponder a sus necesidades y a sus premisas históricas e institucionales. Apunta ya —y esto es cierto, sobre todo, aunque con pequeña dimensión, entre economistas latinoamericanos— un cuerpo nuevo de doctrina de Economía Política, que tiene o podrá tener aplicación en los campos de la vida económica de nuestras naciones. Estamos, sin embargo, muy lejos aún de alcanzar la integración de esa doctrina; sólo estamos en conciencia de la inaplicabilidad de la que infunde en nuestras sociedades la proveniente del mundo donde ya se han logrado niveles elevados de vida.

Con esto quisiera volver al tema del universalismo, porque pudiera parecer que propugno una doctrina autóctona de Economía Política. Es obvio que no puede deducirse esta conclusión mientras se admita, como antes afirmé, que los fenómenos económicos son universales. La única conclusión legítima, en cuanto a Economía Política, es que, si bien debe inspirarse en la realidad y tomar en cuenta los factores cualitativos más representativos de ésta, no debe dar la espalda a las ideas, pasadas o presentes, que provengan de cualquier otra parte y, antes bien, debe aceptar aquellas que tengan validez, sean provechosas y entrañen valores permanentes. En suma, ser universalista no quiere decir olvidar las características propias, como centrarse en lo propio de ninguna manera puede significar abstraerse de lo exterior.

La Ciencia Económica, como es bien sabido, es de origen relativamente reciente. Su arraigo en México, en el sentido de su estudio como especialización, rebasa apenas un poco los límites de una generación, por más que haya antecedentes en otras anteriores. Desde el principio, el estudio de la Economía ha tenido en México un sabor heterodoxo en relación con la Economía Política tradicional, y creo que ello se explica, como en tantas otras disciplinas, por la convulsión social producida por la Revolución Mexicana y por la visión y la inteligencia de quienes tuvieron en sus manos la oportunidad de dar los primeros pasos como economistas. A ese núcleo de hombres preclaros, fundadores de la hoy profesión de economista en nuestro país, rindo un homenaje caluroso. Su tenacidad, su empuje y su capacidad para organizar centros de investigación y estudio, tienen

como premio la existencia actual de un grupo bastante numeroso de economistas mexicanos de primera línea. Sólo es de lamentar que los acontecimientos de la vida mexicana no hayan permitido que la mayoría de los precursores persistiera en el desarrollo sistemático de sus ideas sobre Economía, aun cuando se han destacado notablemente en otros campos. Sembraron de cualquier manera semillas cuyo fruto pueden recoger otros, y se inició la carrera de economista hoy ampliamente reconocida.

No obstante, la evolución de la Ciencia Económica en México no ha corrido parejas con las necesidades y con el desarrollo general de la nación. La enseñanza de la Economía no ha alcanzado a ser suficientemente sólida. Una hojeada a los planes de estudio de nuestros centros universitarios revela que están anquilosados, y eso sin entrar a examinar el contenido de cada asignatura, que rara vez se ha renovado. El pensamiento teórico, aunque en ocasiones haya reproducido las enseñanzas venidas de otras partes, ha sido en gran medida estático, o sólo ha manifestado ciertos destellos. La investigación económica es aún de carácter bastante elemental y no está muy extendida. Las técnicas mismas de la investigación revelan poca madurez; además, los datos estadísticos que le serían útiles adolecen de innumerables y graves defectos. El resultado de toda esta situación es palpable: el economista mexicano, con pocas excepciones, no escribe. Las bibliografías nacionales e internacionales están casi ayunas de obras fundamentales de economistas mexicanos. Esta situación sólo podrá resolverse en la medida en que, con nueva dedicación científica, tome fuerza en México una vida académica plena en la rama de Economía, y la investigación, tanto teórica como aplicada, se realice independientemente de las necesidades siempre apremiantes de la administración pública. Es a todas luces conveniente que el economista mexicano actúe en la vida pública y en la actividad privada aportando sus conocimientos especializados y ejerciendo influencia, y en ello se destaca cada día más; pero igualmente importante es que el economista tenga oportunidad, y muestre deseos, de desenvolverse por los senderos científicos de su carrera.

Al pensar en la importancia central de la Economía y en la responsabilidad del economista, no deseo reclamar inmodestamente para esta profesión facultades o sapiencia sobrenaturales ni ventajas especiales. He querido, sí, insistir en el fenómeno económico y en distinguir este fenómeno de otros aspectos de la vida social y política. Y anhelaría que, definido con más rigor lo que es estrictamente el aspecto económico de las cosas, éste fuera tenido en cuenta, concediéndole mayor beligerancia, por quienes se ocupan de los asuntos más generales.

Si la falta de reconocimiento de la Economía se debe a la incoherencia o a la dificultad de expresión de quienes la profesan, el problema

es remediable con el tiempo, al menos por parte de esta especialidad. La dificultad no estriba únicamente, en todo caso, en la forma deficiente o unilateral en que el economista ve los fenómenos sociales o trata de explicarlos, sino que va más allá. El economista, el sociólogo, el antropólogo, el hombre de ciencia, el filósofo de la política, el humanista, necesitan colaborar entre sí, conocerse mejor, apreciar mutuamente lo que hay de permanente y positivo en sus respectivas especializaciones. La necesidad de semejante colaboración no se limita, por supuesto, a México, aunque aquí, al observar el panorama, parece ser mayor. Nuestra cooperación real, por lo que hace a la participación del economista, es muy débil. Los problemas del desarrollo económico y de la evolución social de México reclaman ciertamente ser valorizados de modo simultáneo. Las proyecciones y las soluciones deberían ser integrales. Para todo ello se necesita el concurso de las distintas divisiones de la ciencia social.

Las consideraciones que hasta aquí he hecho expresan en forma resumida la situación en que, a mi juicio, se encuentra la Ciencia Económica y, por supuesto, mi posición personal como economista. He llegado a esta actitud después de desandar penosamente caminos que fueron producto de mi primera formación académica, realizada accidentalmente en el extranjero hace poco más de veinte años; educación valiosa pero impregnada, inevitablemente, de los prejuicios que encierran las formulaciones teóricas a que me he referido antes. He tratado de emprender un camino nuevo observando apasionadamente nuestra realidad —la nuestra mexicana y la de otros países latinoamericanos— y poniendo en duda lo que había aprendido cada vez que la teoría y la realidad no concordaban entre sí. A la vez, he recibido estímulo de los economistas, tanto de la primera generación mexicana como de otros de formación más reciente, cuyas ideas revelaban inconformidad con las doctrinas económicas ortodoxas, aunque en general sin que acertaran todavía a crear otras en su lugar. Y, en etapa todavía más cercana, la comunicación con economistas latinoamericanos de espíritu clarividente y pensamiento original me ha afirmado, con optimismo, en mi posición de crítica y me ha dado bríos para procurar ser más positivo.

Pero debo confesar que yo en lo particular no tengo conciencia de haber contribuido con nada que sea significativo en el pensamiento económico. Sólo he participado en algunas investigaciones que quizá hayan arrojado luz sobre los problemas de desarrollo económico de México y de otros países. Cuando más, he puesto mi empeño en promover con seriedad el conocimiento de la Economía y he comentado, como hoy, nuestras deficiencias. Por eso, al reflexionar acerca de este momento tan sobresaliente de mi vida profesional, que jamás soñé, se acentúa profundamente mi re-

conocimiento a los ilustres miembros de El Colegio Nacional que han tenido a bien, bondadosamente, honrarme con la elección que de mi persona han hecho. De lo único de que puedo hacer fe es de estar dedicado a mi profesión y de ser devoto de la causa del hombre, fin último, para mí, de toda actividad científica.

Haré, señores miembros de El Colegio Nacional, todo lo que esté a mis limitados alcances por cumplir las finalidades de esta noble institución y por servir a la patria.